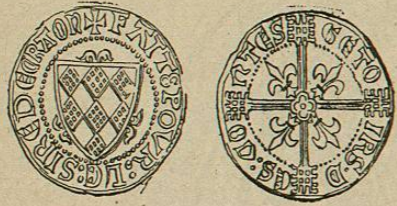


y hasta quizás heridos ó muertos. Cuando el desgraciado estuvo exhausto de fuerzas, un señor de su comitiva, Guillermo Martel, le cogió por detrás; se le rodeó, se le hizo bajar de caballo, se le desnudó y acostó muy suavemente. Sus tíos se acercaron, «pero ningún semblante de amor les hacía, y al mismo tiempo los ojos le giraban muy maravillosamente en la cabeza, y no hablaba á nadie.»

En seguida los duques suspendieron la expedición; los hombres de armas fueron enviados á sus casas. El rey fué reconducido al Mans en una litera. Los médicos se contentaron con ordenar el cambio de aires. En los primeros días fué grande el dolor en todo el reino; en las iglesias la muchedumbre rezaba. Muchos atribuían esta enfermedad á maleficios ó al veneno. La cri-



Jetón con las armas de los señores de Craón

sis aguda no duró más que cuatro días. Al cabo de tres semanas se creyó curado al enfermo. Se le llevó á hacer sus devociones á Chartres, y después, en los primeros días de septiembre, se le instaló en el apacible sitio de Creil.

El mismo día en que la enfermedad se había declarado, cuando se trató de velar por el rey, se había dicho al señor de la Rivière, á Juan le Mercier, á Juan de Montagu y al Bègue de Vilaines «que nunca le dejasen completamente.» Los duques de Berri y de Borgoña tenían un odio mortal á los que les habían suplantado. En la corte no se quería mucho á esos servidores de otro reinado, casi todos de humilde prosapia. Eran impopulares en la Universidad, cuyos privilegios combatían. Colmados de dones de toda clase por dos reyes generosos, tan celosos administradores de sus bienes propios como de los bienes del reino, libres de esos gastos de magnificencia que agotan los recursos de los príncipes, exasperaban la codicia de los demás con sus riquezas. Se contaba que Clissón, después del atentado de Craón, había hecho testamento, y que la suma de que disponía «en solos bienes muebles, sin las heredas,» ascendía á 1.700.000 francos. En fin, seguros de la confianza del rey, «se creían perpetuos en sus oficios» y se mostraban muy orgullosos con todo el mundo: «Y volaban con vuelo tan alto, que apenas se atrevía la gente á hablar de ellos.»

Los tíos del rey se vengaron de los Marmousets. Clissón, un día que iba á encontrar al duque de Borgoña para asuntos de su cargo, fué recibido con injurias. Hacia la noche, con otros dos compañeros, marchó de un tirón hasta el castillo de Montlhéri; luego, desde allí «cabalgó por sendas extraviadas, por bosques y por malezas» hasta su castillo de Josselin, en Bretaña. Se le formó, sin tardanza, proceso en rebeldía: condenado como falso y mal traidor, fué despojado de su cargo y desterrado. El señor de la Rivière, retirado en su castillo de Auneau, se negó á escapar y á defenderse. Conducido á París, encontró allí á otros prisioneros,

Juan le Mercier, el Bègue de Vilaines, Guido Chrétien, contador de hacienda. Montagu, más prudente, se había refugiado en Aviñón con su dinero. Se instruyeron procesos contra los Marmousets; sus adeptos fueron perseguidos. Se ordenó una reforma general. Todas las mañanas acudía la gente á la plaza de la Grève creyendo asistir al suplicio de los prisioneros. Pero, indultados por el rey de la pena de muerte que se había pronunciado contra ellos, fueron á terminar sus días en las tierras de su propiedad. El duque de Borgoña, gran amigo de la paz, hasta llegó á reconciliar á Clissón con el duque de Bretaña en octubre de 1395. No hubo, por consiguiente, nada que fuera muy trágico en aquella revolución de corte.

La peor desgracia fué que volvió á poner el reino bajo la tutela de los príncipes. El rey salió bastante aprisa de este primer ataque; pero los médicos ordenaban un gran reposo y prohibían que se le fatigara con consejos; «porque todavía tiene, y tendrá toda esta estación, la cabeza débil y delicada y toda conmovida.» La enfermedad tomó una forma intermitente; reapareció todos los años, y poco después á intervalos más próximos. Se obligó al rey á hacer peregrinaciones inútiles y fatigosas, y le sometieron á las prácticas más ridículas de la magia y de la hechicería.

Entonces el duque de Borgoña volvió á ser omnipotente. El duque de Berri estaba de acuerdo con él; tenían los mismos rencores y las mismas antipatías. El hermano del rey, á quien éste poco antes de su locura le había dado, en 4 de junio de 1392, el ducado de Orleans, reclamó el primer lugar en los consejos. Hubo debates borrascosos, y el duque de Borbón se interpuso. Gracias á él pudo evitarse toda vía de hecho, y el duque de Orleans se resignó por el momento á dejar hacer á sus tíos.

En los primeros días de 1393, había fiesta en Saint-Paul con motivo del casamiento de una dama de la corte, ya dos veces viuda. Era costumbre hacer en las terceras nupcias una especie de cencerrada á los nuevos esposos, con mascaradas y mojigangas. Un joven señor persuadió al rey que se organizara una diversión de esta clase. Carlos VI y algunos señores de la corte se pusieron unos vestidos ajustados de hule, untados de pez y recubiertos de guedejas de estopa de lino; hacia media noche hicieron su entrada en el gran salón del palacio de Saint-Paul, donde bailaban las damas y los caballeros. Los salvajes hicieron toda suerte de cabriolas. En esto apareció el duque de Orleans, acompañado de cinco sirvientes con antorchas; aproximó una antorcha á uno de los salvajes para reconocerlo y el fuego prendió en seguida; cinco salvajes murieron abrasados en sus vestiduras. Se creyó que el rey estaba entre las víctimas, y la reina se desmayó. Pero Carlos VI se había separado del grupo de sus compañeros para conversar con las damas é intrigarlas. Cuando resplandecieron las primeras llamas, estaba hablando con la duquesa de Berri; ésta, sin reconocerle, le cubrió con su ropa y le salvó.

Se incriminó fuertemente al duque de Orleans por esta terrible alarma. Los burgueses no gustaban de sus maneras aristocráticas y frívolas. Desde que se difundió la noticia del accidente, la multitud se aglomeró en las calles, queriendo ver al rey, y se dirigió hacia el palacio

1393



Mariage du **R**oi d'Angleterre et d'**I**sabelle de France



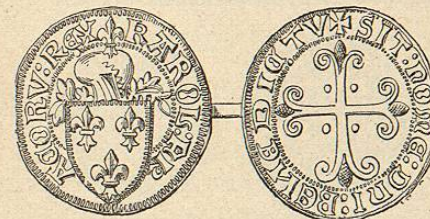
Saint-Paul, cuyas puertas fueron derribadas. Los duques de Berri y de Borgoña estaban á cubierto de todo reproche; se habían retirado antes de acabar la fiesta. Para tranquilizar al pueblo, llevaron al rey á Notre-Dame, á Montmartre, á Saint-Denis, á dar gracias á Dios por su salvación. Después, como el rey había estado á punto de morir, se juzgó prudente organizar una regencia, que se atribuyó al duque de Orleáns, pues no podía hacerse de otro modo; pero con tantas restricciones que debía resultar más nominal que efectiva. Los tíos del rey continuaban, en realidad, siendo los amos.

VI.—Paz con Inglaterra (1)

Su política fué completamente pacífica. Las conferencias con Inglaterra se celebraron en Leulinghen y en Boulogne en 1393 y 1394. Por ambas partes se estaba bien dispuesto.

En una epístola dirigida á Ricardo II, Felipe de Mézières, el Viejo Peregrino, celebraba en alegorías las felices disposiciones del noble «imán» que Dios trasplantó «de India mayor á Inglaterra,» es decir, Ricardo II, y «del árbol de bálsamo,» que se levantaba en el suelo de Francia, es decir, Carlos VI. Desde hacía cuarenta años, decía el Viejo Peregrino, había «bocinado á los emperadores y reyes y príncipes de la cristiandad, para reunir en la casa de Dios los grandes lebreles y los galgos;» y no podían unirse contra los enemigos más que en la paz, «este vergel deleitoso en el que tan sólo se oyen graciosas cantinelas de amor.» Felizmente, he aquí que para cerrar las llagas de la guerra, varios médicos grandes y medianos del reino de Inglaterra han encontrado un electuario: es el casamiento de Ricardo II con «una joven margarita piedra preciosa,» Isabel, hija del rey de Francia.

En efecto, á primeros de julio de 1395, llegaron á París dos prelados y cuatro barones ingleses, encargados por el rey Ricardo II de negociar su casamiento con Isabel de Francia. Para deliberar acerca de esto, todos los príncipes se reunieron en París en el mes de agosto. El ducado de Borgoña había renunciado á toda hostilidad contra Inglaterra; sus dominios flamen-



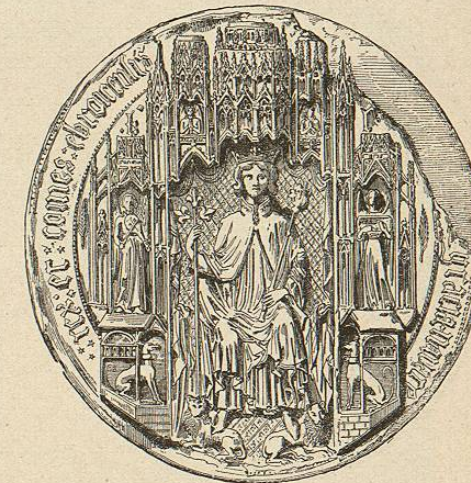
Moneda de Carlos VI

cos, en efecto, estaban interesados en el restablecimiento de la paz; por consiguiente, era de parecer que se aceptasen las proposiciones inglesas. Los duques de Orleáns y de Berri querían que el rey de Francia fuese muy exigente, y hacían observar que la futura reina de Inglaterra sería excesivamente joven para tener influencia en la corte de Ricardo II. Pero el rey era favorable al pro-

(1) FUENTES.—Cosneau, *Les Grands traits de la guerre de Cent Ans*, 1880. *L'Entrevue d'Ardres*, texto publicado por P. Meyer y S. Luce, «Annuaire-Bulletin de la Société de l'Histoire de France,» 1881.

yecto. Isabel fué presentada á los enviados ingleses, que la encontraron á su gusto. En febrero de 1396, la prometieron á Ricardo; no llevaba en dote ninguna tierra y sí tan sólo 800.000 francos; cuando hubiera cumplido los doce años, el casamiento debía hacerse definitivo; ella renunciaba á todo derecho á la corona real de Francia. Al mismo tiempo la tregua, que debía expirar en 1398, se prolongó por otros veintiocho años; lo cual era casi equivalente á la paz.

En 12 de marzo se celebraron los desposorios en la Santa Capilla en presencia de tres reyes, los reyes de



Sello del rey de Navarra

Francia, de Sicilia y de Navarra. En el festín que siguió á la ceremonia, dice Juvenal des Ursins, «si se quisiera declarar los sitios de las personas, los adornos y vestidos, así en tapices como en ropas, trompetas y ministriles, la cosa sería larga de explicar.» A ruego del rey Ricardo, se adelantó la fecha del casamiento. Se convino que los dos reyes se encontrarían antes, y las condiciones de la entrevista se fijaron de antemano, en Calais, entre el duque de Borgoña y Ricardo II, mientras que en París se preparaban las joyas y las ropas que debía llevar Isabel.

En 27 de octubre de 1396, los dos reyes se encontraron, en efecto, en plena campiña, entre Ardres y Calais, á igual distancia de los suntuosos pabellones que se habían preparado. Todo estaba minuciosamente convenido. Carlos VI y Ricardo II nunca se habían hecho la guerra seriamente; la entrevista, no obstante, fué compasada y trivial. Los reyes tomaron el vino y las especias, y asistieron á banquetes sin que se hiciera nada en concreto para una paz definitiva. El rey de Francia entregó su hija á Ricardo II y después se separaron. En Calais, el 4 de noviembre, el rey de Inglaterra casó solemnemente con Isabel.

Otros actos terminaron la liquidación del pasado. En 2 de diciembre, al heredero de Bretaña, que tenía cinco años, le casaron con la hija segunda de Carlos VI, que tenía tres años. Ricardo II había aceptado devolver al duque de Bretaña, por 120.000 francos, la ciudad de Brest, última plaza bretona ocupada por una guarnición inglesa; lo que se realizó siete meses después de la entrevista de Ardres (2).

(2) Por otra parte, largas negociaciones acabaron de arreglar los litigios que la muerte de Carlos el Malo, ocurrida en 1.º de